

NIEVE FUSILADA

I

Qué amargo privilegio testimoniar la abundancia de la vida. Todo, todo, Dios mío, lo que alienta, busca alojarse en mi pecho. No me alcanza el silencio, no me alcanza la soledad, todo el silencio, toda la soledad, para este pausado mirar.

Las cosas del mundo, ¡cuántas son! pero, sobre todo, el sentido, el sentido con que se ofrecen en un guiño de salto pícaro o quedan meditativas, grávidas de enigma.

Entonces, yo me apasiono. Salgo, indago, pido referencias, trazo signos precisos, varío la colocación de mis redes, sigo mis pasos, cuidadoso, me suelto en un impulso que pretendo alto y definitivo, y cosecho una sonrisa de triste sabiduría.

A veces me detengo a gozar el severo esfuerzo hecho, que dura, tenue, como un pez, un fulgor vivo disuelto en el agua.

Es el instante de seguir la morosa caligrafía del recuerdo. Aquella muchacha, unos árboles, ese consentimiento mutuo de un hombre y un río, una dignidad secreta de las cosas, misteriosamente unificadas en una divina constelación.

Pero soy débil. No puedo resistir por mucho tiempo tal intensidad de gracia. Sin querer he acudido a otra parte. Estoy en otra parte. En el camino he perdido un radiante tesoro.

Un pobre hombre (soy yo) camina rápido como si fuera a algún sitio. Es elocuente su traje doloroso.

Ahora le será dado, fina merced, explorar agujeros melancólicos, descubrir latitudes de vino vacío, considerar súbitos ratones de miedo y sombra. Porque, para este hombre, Dios debe caer muy lejos.

Qué extraño estar siempre a la orilla de Dios o de su ausencia.

Y luego, esa terca persistencia de caminos hacia el pecho de un hombre.

Y la posibilidad de la libertad, de decir sí, de consentir.

Qué amargo privilegio testimoniar la abundancia de la vida.

II

Se va definiendo mi rostro junto a una indecisa costa de secreto.

Ocasiones, entre una fiebre trabajosa, he logrado cumplir la bandera tirante y limpia de una carcajada.

Ahora recupero, en el ahorro prolijo de lo individualizado, los sitios primordiales que me contemplan sin el negro, sin el rojo del pecado: el cielo, la tierra, el agua, el fuego.

Mi corazón desordenado no puede olvidarse de la minuciosa ternura entreverada en azares oscuros y suertes inconstantes. Recuerdo que su agua piadosa servía para suavizarme el pecho, bronco. Obstinadamente miraba yo las muchachas, la llanura con cielo en la punta de los pastos, una plaza íntimamente caída ante mis pasos.

El arrabal acogía mi vagancia y la soltaba por sus abiertos rumbos.

Alguna vez supe que la brisa desgarbada, viniendo del fondo de los zanjones con agua podrida de sueño, de las distancias indigentes, del urgente desamparo de los colores, era el rumor puro de mi mirada. El asombro frecuentaba mi ser hasta la certeza de una dolorosa alegría.

El regreso era desprenderme esa estrella sañuda para acceder a la gran serenidad de todo lo viviente, que habita un poco más allá de los quebrados pormenores.

FULVIO MILANO